

FUIMOS AL TEATRO

Por
A. R.

FIN DE SIGLO:

"AMORIO" EN CLUB DE TEATRO

Comedia dramática en tres actos de Arthur Schnitzler. Traducción de Luis Novas Terra. Dirección de Antonio Larreta. Escenografía y trajes de Hugo Novoa. Iluminación de Mario Palant. Ambientación de Alicia Behrens y Hugo Novoa. Elenco de Club de Teatro en su sala propia.

Una historia sentimental, simple y repetida como la vida misma, en que hay dos estudiantes de una clase adinerada que distraen sus ojos con el ejercicio de un amor ligero que a veces se torna serio y dramático casi sin quererlo, como ocurre, se ha dicho siempre, con los amores de estudiantes. Y dos jovencitas de la pequeña burguesía que encuentran una diversión privilegiada o una pasión violenta en estos amores condenados por las normas de su clase, y que serán, años después, un hermoso recuerdo, algo con que enriquecer una vida simple y repetida también, y opaca y ceremoniosa. Con ese material trabaja Schnitzler, extrayéndolo de una realidad conocida que es la Viena de fin de siglo pasado con un, para su época, ponderable equilibrio realista, que le permite mirar con ojos indulgentes y escépticos, las tormentas pasionales a que se entregan estos jóvenes. Porque eso, piensa, es la vida misma, que no es hermosa, ni feliz, ni duradera: que más bien es ciega, y torpe, e injusta. Pero el que los seres que la viven la encuentren agradable por momentos y se engañen con su epidérmica belleza, hace el trasfondo agrisado en que se sitúa una pieza que vale como un encogimiento de hombros, que no pretende más que una comprobación escéptica. No es mucho, y nuestro tiempo, interesado en las problemáticas más riesgosas, y que ha vivido con intensidad sentimientos más profundos de lo que es el vivir y nuestro estar humano sobre la tierra, se siente muy lejos de esta inteligente nadería.

Pero además Schnitzler y el buen Strauss han contribuido a esta convención tipo "belle époque" que hace de Viena la ciudad de los amoríos, del melancólico e insustancial valsedado, de la vida apacible, burguesa e indulgente. El teatro y el cine posterior acabaron de corromper este fácil optimismo, transformándolo en un producto cómodamente digerible por los paladares conformistas. Es esa convención la que con privilegiado esmero ha repuesto sobre la escena el director Antonio Larreta y quizás ha resultado demasiado tentado por su apariencia tiernamente nostálgica. Un espectador exigente, que viva en su tiempo, se sentirá defraudado porque no encontrará aquí una nutrición sólida y pensará quizás que una buena comedia moderna de tono intimista le hubiera conformado más. A él hay que decirle que este "algo para recordar" que resulta la pieza en su versión escénica, alegrará a los seres que buscan en el teatro una apacible distracción que no les acarree ninguna inquietud.



GRACIELA GELOS
una actriz

Siguiendo esa imagen ideal de la Viena finisecular, Antonio Larreta apaga toda esperanza posible del texto, endulza con una riquísima ambientación y una displicente elegancia a los personajes, establece un ritmo de vals lento que esconde la ocasional sequedad del dialogado y dota a sus actores de una carga interior —visible más que en las palabras, en los gestos y en las pausas— que les da un aire sentimental y profundo. Logra así un espectáculo que si no representa plenamente al autor que trabaja, es de una solvencia artística plena. Y que tiene, además, todo un lado de blanda amabilidad.

Cuenta con un escenario rico de Hugo Novoa, algo forzado, sobre todo el segundo decorado, por las dimensiones reducidas de la escena; cuenta con una utilería preciosista que firman Alicia Behrens y Novoa y que permitirá la risueña evocación de nuestras abuelas; un excelente vestuario del mismo Novoa y una iluminación de Mario Palant que envuelve la acción y la unifica. Pero donde vuelve a recobrase la pericia reconocida de Antonio Larreta, es en su dirección de los actores, quienes rinden muy por encima de actuaciones anteriores, siendo ellos quienes representan el mayor valor de este espectáculo.

Graciela GeLOS era una encantadora y novicia actriz de comedia; hoy, en un papel de más riesgo, es un ser de sorprendente expresividad que aborda el drama con cautela y con expresión sensible, que da verdad a lo que dice y que extraverte en su cara el hilo de su pensamiento. Henny Trayles es a su lado una actriz de recursos, que demuestra cierta gracia, pone intención en cada una de sus réplicas y se mueve con personal donaire. De los hombres debe decirse que la actuación es irreprochable: Alfredo Giorgi compone un personaje más tierno que escéptico y ha enriquecido su actuación con un matizado más flexible de las frases; Justo Martínez ha hecho notorios progresos, a pesar de su corta carrera de actor, y arma un personaje, muy marcado por el director, con una dicción armoniosa y sugerente. Los demás, Isabel Giffoni, Martínez Mieres y Antonio Larreta, correctos y a tono con el espectáculo.



EN "UN DOMINGO EXTRAORDINARIO"
Estela Medina y Mabel Rondán en una escena de la obra de Doni Molina, que está representando la Comedia Nacional en el Teatro So